



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

....Nadie crea que es suyo el retrato, sino que hay muchos diablos que se parecen unos á otros. El que se hallare tiznado, procure lavarse, que esto le importa mas que hacer crítica y exámen de mi pensamiento, de mi locucion, de mi idea, ó de los demás defectos de la obra.

TORRES VILLARROEL en su prólogo de la
Barca de Aqueronte.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

No se podrá reimprimir esta obra sin licencia del propietario.

IMPRESA DE V. G. TORRES, CALLE DEL ESPÍRITU SANTO N. 2.

PQ 7297
F 37
P 4
V. 2
1842
T. 3-4



VIDA Y HECHOS

DE

PERIQUILLO SARNIENTO,

escrita por él

PARA SUS HIJOS.

CAPITULO I.

En el que refiere Periquillo cómo se acomodó con el Dr. Purgante: lo que aprendió á su lado: el robo que le hizo: su fuga, y las aventuras que le pasaron en Tula donde se fingió médico.

NINGUNO diga quien es, que sus obras lo dirán. Este proloquio es tan antiguo como cierto; todo el mundo está convencido de su infalibilidad; y así ¿qué tengo yo que ponderar mis malos procederés cuando con referirlos se ponderan? Lo que apeteciera, hijos míos, sería que no leyerais mi vida como quien lee una novela, sino que parárais la consideracion mas allá de la cáscara de los hechos, advirtiendo los tristes resultados de la holgazanería, inutilidad, inconstancia y demás vicios que me afectaron; haciendo análisis de los extraviados sucesos de mi vida, indagando sus causas, temiendo sus consecuencias, y desechando los errores vulgares que veis adoptados por mí y por otros; empapandoos en las sólidas máximas

003459

de la sana y cristiana moral que os presentan á la vista mis reflexiones, y en una palabra, desearia que penetrárais en todas sus partes la sustancia de la obra: que os divirtierais con lo ridículo: que conociérais el error y el abuso para no imitar el uno ni abrazar el otro, y que donde hallárais algun hecho virtuoso os enamorárais de su dulce fuerza y procurarais imitarlo. Esto es deciros, hijos míos, que deseara que de la lectura de mi vida, sacárais tres frutos, dos principales, y uno accesorio. Amor á la virtud, aborrecimiento al vicio y diversion. Este es mi deseo, y por esto, mas que por otra cosa, me tomo la molestia de escribiros mis mas escondidos crímenes y defectos; si no lo consiguiere, moriré al menos con el consuelo de que mis intenciones son laudables. Basta de digresiones que está el papel caro.

Quedamos en que fui á ver al Dr. Purgante, y en efecto lo hallé una tarde despues de siesta en su estudio sentado en una silla poltrona con un libro delante y la caja de polvos á un lado. Era este sugeto alto, flaco de cara y piernas, y abultado de panza, trigueño y muy cejudo, ojos verdes, nariz de cabellete, boca grande y despoblada de dientes, calvo, por cuya razon usaba en la calle peluquin con bucles. Su vestido cuando lo fui á ver era una bata hasta los piés, de aquellas que llaman de quimones, llena de flores y ramage, y un gran birrete muy tieso de almidon y relumbroso de la plancha.

Luego que entré me conoció y me dijo: ¡ó Periquillo, hijo! ¿por qué extraños horizontes has venido á visitar este Tugurio? No me hizo fuerza su estilo porque ya sabia yo que era muy pedante, y así le iba á relatar mi aventura con intencion de mentir en lo que me pareciera; pero el Dr. me interrumpió diciéndome: ya, ya sé la turbulenta catástrofe que te pasó con tu amo el farmacéutico. En efecto, Perico, tú ibas á despachar en un instante al paco paciente del lecho al féretro improvisamente, con el trueque del arsénico por la magnesia. Es

cierto que tu mano trémula y atolondrada tuvo mucha parte de la culpa, mas no la tiene menos tu preceptor el fármaco, y todo fué por seguir su capricho. Yo le documenté que todas estas drogas nocivas y venenáticas, las encubriera bajo una llave bien segura que solo tuviera el oficial mas diestro, y con esta asidua diligencia se evitarian estos equívocos mortales; pero á pesar de mis insinuaciones, no me respondia mas sino que eso era particularizarse é ir contra la secuela de los fármacos, sin advertir* „que es propio del sabio mudar de padecer,” *sapientis est mutare consilium*, y que „la costumbre es otra naturaleza” *consuetudo est altera natura*. Allá se lo haya. Pero dime ¡qué te has hecho tanto tiempo? Porque si no han fallado las noticias que en alas de la fama han penetrado mis *aurículas*, ya dias hace que te lanzaste á la calle de la oficina de Esculapio.

Es verdad, señor, le dije; pero no habia venido de vergüenza, y me ha pesado porque en estos dias he vendido para comer, mi capote, chupa y pañuelo. ¡Qué *estulticia!* exclamó el doctor: la *verecundia* es „muy buena” *optimè bona* cuando la origina crimen de *cogitato*; mas no cuando se comete *involumariè*, pues si en aquel *hic et nunc*, „esto es, en aquel acto,” supiera el individuo que hacia mal, *absque dubio*, (sin duda) se abstendría de cometerlo. En fin, hijo carísimo, ¿tú quieres quedarte en mi servicio y ser mi *consodal in perpetuum* „para siempre?” Si señor, le respondí.—Pues bien. En esta *domo* (casa) tendrás „desde luego, ó en primer lugar” *in primis el panem nos-*

* Para inteligencia de algunos lectores pareció conveniente poner en castellano los latinajos que ensarta el doctor, como otros que se hallan esparcidos en toda la obra: y se han intercalado en ella las traducciones evitándo la fastidiosa aglomeracion de notas y llamadas que interrumpirian su lectura. Esta advertencia es aqui necesaria para que no se extrañe en la página siguiente que diga Periquillo *que no entendió muchos de estos terminotes*.—E.

trum quotidianum, „el pan de cada día: á mas de esto,” *aliundè*, lo potable necesario: *tertiò*, la cama *sic vel sic*, „segun se proporcione:” *quartò*, los tegumentos exteriores heterogéneos de tu materia física: *quintò*, asegurada la parte de la higiene que apetecer puedes, pues aquí se tiene mucho cuidado con la dieta y con la observancia de las seis cosas naturales, y de las seis no naturales prescritas por los hombres mas luminosos de la facultad médica: *sextò*, beberás la ciencia de Apolo *ex ore meo, ex visu tuo y ex bibliotheca nostra*, „de mi boca, de tu vista y de esta librería: por último” *postremò*, contarás cada mes para tus *surrupios* ó para *quodcumque vellis*, „esto es, para tus cigarros ó lo que se te antoje,” quinientos cuarenta y cuatro maravedis limpios de polvo y paja, siendo tu obligacion solamente hacer los mandamientos de la señora mi hermana, observar *modo naturalistarum*, „al modo de los naturalistas,” cuando estén las aves *gallinaccas* para *oviparar* y recoger los *albos* huevos, ó por mejor decir, los pollos „por ser,” *ó in fieri*: servir las viandas á la mesa, y finalmente, y lo que mas te encargo, cuidar de la refaccion ordinaria y *puridad* de mi mula, á quien deberas atender y servir con mas prolijidad que á mi persona.

He aquí ¡ó caro Perico! todas tus obligaciones y comodidades en *sinopsim*, „ó compendio.” Yo cuando te invité con mi pobre *tugurio* y consorcio, tenia el deliberado ánimo de poner un laboratorio de química y botánica; pero los continuos desembolsos que he sufrido me han reducido „á la pobreza” *ad inopiam*, y me han frustrado mis primordiales designios; sin embargo, te cumplo la palabra de admision, y tus servicios los retribuiré justamente, porque *dignus est operarius mercede sua*. „El que trabaja es digno de la paga.”

Yo, aunque muchos terminotes no entendí, conocí que me queria para criado entre de escalera abajo y de arriba: advertí que mi trabajo no era demasiado: que la conveniencia no podia ser mejor, y que yo estaba en el caso de admitir co-

sa menos; pero no podia comprender á cuanto llegaba mi salario; por lo que le pregunté, que por fin ¿cuánto ganaba cada mes? A lo que el doctorote, como enfadándose me respondió: ¿ya no te dije *claris verbis*, „con claridad,” que disfrutarías quinientos cuarenta y cuatro maravedis? Pero señor, insté yo, ¿cuánto montan en dinero efectivo quinientos cuarenta y cuatro maravedis? Porque á mí me parece que no merece mi trabajo tanto dinero. Sí merece *stultissime famule*, „mozo atontadísimo,” pues no importan esos centenares mas que dos pesos.

Pues bien, señor doctor, le dije, no es menester incomodarse: ya sé que tengo dos pesos de salario, y me doy por muy contento solo por estar en compañía de un caballero tan *sapiente* como vd. de quien sacaré mas provecho con sus lecciones que no con los polvos y mantecas de D. Nicolas.

Y como que sí, dijo el señor Purgante, pues yo te abriré como te apliques, los palacios de Minerva, y será esto premio superabundante á tus servicios, pues solo con mi doctrina, conservarás tu salud luengos años, y acaso, acaso te contraerás algunos intereses y estimaciones.

Quedamos corrientes desde ese instante, y comencé á cuidar de lisongearlo igualmente que á su señora hermana, que era una vieja, beata Rosa, tan ridícula como mi amo, y aunque yo quisiera lisongear á Manuelita que era una muchachilla de catorce años, sobrina de los dos y bonita como una plata, no podia, porque la vieja condenada la cuidaba mas que si fuera de oro, y muy bien hecho.

Siete ú ocho meses permanecí con mi viejo, cumpliendo con mis obligaciones perfectamente, esto es, sirviendo la mesa, mirando cuando ponian las gallinas, cuidando la mula y haciendo los mandados. La vieja y el hermano me tenian por un santo, porque en las horas que no tenia que hacer me estaba en el estudio, segun las sólitas concedidas, mirando las estampas anatómicas del Porras, del Willis y otras, y entreteniéndome de cuando en cuando con leer los aforismos de Hipócrates, algo

de Boherave y de Wansvieten: el Etmulero, el Tissot, el Buchan, el tratado de Tabardillos por Amar, el compendio anatómico de *Juan de Dios Lopez*: la cirujía de La Faye, el Lázar Riverio y otros libros antiguos y modernos, segun me venia la gana de sacarlos de los estantes.

Esto, las observaciones que yo hacia de los remedios que mi amo recetaba á los enfermos pobres que iban á verlo á su casa, que siempre eran á poco mas ó menos, pues llevaba como regla el trillado refran de como te pagan vas, y las lecciones verbales que me daba, me hicieron creer que yo ya sabia medicina, y un dia que me riñó ásperamente y aun me quiso dar de palos porque se me olvidó darle de cenar á la mula, prometí vengarme de él y mudar de fortuna de una vez.

Con esta resolucion esa misma noche le dí á la doña mula racion doble de maiz y cebada, y cuando estaba toda la casa en lo mas pesado de su sueño, la ensillé con todos sus arneses, sin olvidarme de la gualdrapa: hice un lio en el que escondí catorce libros, unos trunco, otros en latin y otros en castellano; porque yo pensaba que á los médicos y á los abogados los suelen acreditar los muchos libros, aunque no sirvan ó no los entiendan: guardé en el dicho maletón la capa de golilla y la golilla misma de mi amo, juntamente con una peluca vieja de pita, un formulario de recetas, y lo mas importante, sus títulos de bachiller en medicina y la carta de exámen, cuyos documentos los hice míos á favor de una navajita y un poquito de limon con lo que raspé y borré lo bastante para mudar los nombres y las fechas.

No se me olvidó habilitarme de monedas, pues aunque en todo el tiempo que estuve en la casa no me habian pagado nada de salario, yo sabia en donde tenia la señora hermana una alcancia en la que rehundia lo que cercenaba del gasto; y acordándome de aquello de que quien roba al ladron, &c. le robé la alcancia diestramente: la abrí y ví con la mayor complacencia que tenia muy cerca de cuarenta duros, aunque para hacerlos

caber por la estrecha rendija de la alcancia los puso blandos.

Con este viático tan competente emprendí mi salida de la casa á las cuatro y media de la mañana, cerrando el zaguán y dejándoles la llave por debajo de la puerta.

A las cinco ó seis del dia me entré en un meson, diciendo que en el que estaba habia tenido una mohina la noche anterior y queria mudar de posada.

Como pagaba bien, se me atendia puntualmente. Hice traer café, y que se pusiera la mula en caballeriza para que almorzara harto.

En todo el dia no salí del cuarto, pensando á qué pueblo dirigiria mi marcha y con quien, pues ni yo sabia caminos ni pueblos, ni era decente aparecerse un médico sin equipage ni mozo.

En estas dudas dió la una del dia, hora en que me subieron de comer, y en esta diligencia estaba, cuando se acercó á la puerta un muchacho á pedir por Dios un bocadito.

Al punto que lo ví y lo oí, conocí que era Andrés el aprendiz de casa de D. Agustín, muchacho, no sé si lo he dicho, como de catorce años, pero de estatura de diez y ocho. Luego, luego lo hice entrar, y á pocas vueltas de la conversacion me conoció, y le conté como era médico, y trataba de irme á algun pueblecillo á buscar fortuna, porque en México habia mas médicos que enfermos; pero que me detenia carecer de un mozo fiel que me acompañara y que supiera de algun pueblo donde no hubiera médico.

El pobre muhacho se me ofreció y aun me rogó que lo llevara en mi compañía: que él habia ido á Tepeji del Rio en donde no habia médico y no era pueblo corto, y que si nos iba mal allí, nos iriamos á Tula que era pueblo mas grande.

Me agradó mucho el desembarazo de Andrés, y habiéndole mandado subir que comer, comió el pobre con bastante apatencia, y me contó como se estuvo escondido en un zahuan, y me vió salir corriendo de la barberia y á la vieja tras de

mi con el cuchillo: que yo pasé por el mismo zaguan donde estaba, y á poco de que la vieja se metió á su casa, corrió á alcanzarme; pero que no le fué posible: y no lo dudo, ¡tal corria yo cuando me espoleaba el miedo!

Díjome tambien Andrés, que él se fué á su casa y contó todo el pasage: que su padrastro lo regañó y lo golpeó mucho, y depues lo llevó con una corma á casa de D. Agustin: que la maldita vieja cuando vió que yo no parecia, se vengó con él levantándole tantos testimonios que se irritó el maestro demasiado y dispuso darle un novenario de azotes, como lo verificó, poniéndolo en los nueve dias hecho una lástima, así por los muchos y crueles azotes que le dió, como por los ayunos que le hicieron sufrir al traspaso: que así que se vengó á su satisfaccion la inicua vieja, lo puso en libertad quitándole la corma, echándole su buen sermon, y concluyendo con áquello de *cuidado con otra*; pero que él luego que tuvo ocasion, se huyó de la casa con ánimo de salirse de México; y para esto se andaba en los mesones pidiendo un bocadito y esperando coyuntura de marcharse con el primero que encontrase.

Acabó Andrés de contarme todo esto mientras comió, y yo le disfracé mis aventuras haciéndole creer que me habia acabado de examinar en medicina: que ya le habia insinuado que queria salir de esta ciudad; y así que me lo llevaria de buena gana, dándole de comer y haciéndolo pasar por barbero en caso de que no lo hubiera en el pueblo de nuestra ubicacion.

Pero señor, decia Andrés, todo está muy bien; pero si yo apenas sé afeitar un perro, ¿cómo me arriesgaré á meterme á lo que no entiendo? Cállate, le dije, no seas cobarde: sábeta que *audaces fortuna juvat, timidosque repellit*. . . . ¿Qué dice vd. señor, que no lo entiendo? Que á los atrevidos, le respondi, favorece la fortuna y á los cobardes los desecha; y así no hay que desmayar; tú serás tan barbero en un mes que estés en mi compañía, como yo fuí médico en el poco tiempo que estuve con mi maestro, á quien no sé bien cuanto le debo á esta hora,

Admirado me escuchaba Andrés, y mas lo estaba al oirme disparar mis latinajos con frecuencia, pues no sabia que lo mejor que yo aprendí del Dr. Purgante fué su pedantismo y su modo de curar, *methodus medendi*.

En fin, dieron las tres de la tarde y me salí con Andrés al baratillo en donde compré un colchon, una cubierta de baqueta para envolverlo, un baúl, una chupa negra y unos calzones verdes con sus correspondientes medias negras, zapatos, sombrero, chaleco encarnado, corbatin y un capotito para mi fámul y barbero que iba á ser, á quien tambien le compré seis navajas, una bacía, un espejo, cuatro ventosas, dos lancetas, un trapo para paños, unas tijeras, una geringa grande y no sé qué otras baratijas; siendo lo mas raro que en todo este ajuar apenas gasté veinte y siete ó veinte y ocho pesos. Ya se deja entender que todo ello estaba como del Baratillo; pero con todo eso, Andrés volvió al meson contentísimo.

Luego que llegamos pagué al cargador y acomodamos en el baúl nuestras alhajas. En esta operacion vió Andrés que mi haber en plata efectiva apenas llegaba á ocho ó diez pesos. Entonces muy espantado me dijo: ¡ay señor! ¿Y qué con ese dinero no mas nos hemos de ir? Sí Andrés, le dije: ¿pues y qué no alcanza? ¿Cómo ha de alcanzar, señor? ¿Pues y quién carga el baúl y el colchon de aquí á Tepeji, ó á Tula? ¿Qué comemos en el camino? ¿Y por fin con qué nos mantenemos allí mientras que tomamos crédito? Ese dinero orita, orita se acaba, y yo no veo que vd. tenga ni ropa ni alhajas, ni cosa que que lo valga que empeñar.

No dejaron de ponerme en cuidado las reflexiones de Andrés; pero ya para no acobardarlo mas, y ya porque me iba mucho en salir de México, pues yo tenia bien tragado que el médico me andaria buscando como á una aguja (por señas que cuando fuí al Baratillo, en un zaguan compré la mayor parte de los tiliques que dije) y temia que si me hallaba, iba yo á dar á la cárcel, y de consiguiente á poder de Chanfaina. Por esto con

todo disimulo y pedanteria le dije á Andrés: no te apures hijo: *Deus providebit.** No sé lo que vd. me dice, contestó Andrés: lo que sé es que con ese dinero no hay ni para empezar.

En estas pláticas estábamos cuando á cosa de las siete de la noche en el cuarto inmediato oi ruido de voces y pesos. Mandé á Andrés que fuera á espiar qué cosa era. El fué corriendo y volvió muy contento diciéndome: señor, señor, ¡qué bueno está el juego! ¡Pues qué están jugando? Sí señor, dijo Andrés, están en el cuarto diez ó doce payos jugando albuces, pero ponen los chorizos de pesos.

Picóme la culebra, abrí el baúl, cogí seis pesos de los diez que tenia y le dí la llave á Andrés diciéndole que la guardara, y que aunque se la pidiera y me matara no me la diera, pues iba á arriesgar aquellos seis pesos solamente, y si se perdian los cuatro que quedaban, no teniamos ni con que comer ni con que pagar el pesebre de la mula á otro dia. Andrés un poco triste y desconfiado tomó la llave, y yo me fuí á entrometer en la rueda de los tahures.

No eran estos tan payos como yo los habia menester: estaban mas que medianamente instruidos en el arte de la baraja, y así fué preciso irme con tiento. Sin embargo, tuve la fortuna de ganarles cosa de veinte y cinco pesos, con los que me salí muy contento, y hallé á Andrés durmiéndose sentado.

Lo desperté y le mostré la ganancia, la que guardó muy placentero contándome como ya tenia el viage dispuesto y todo corriente; porque abajo estaban unos mozos de Tula que habian traído un colegial y se iban de vacio: que con ellos habia propalado el viage, y aun se habia determinado á ajustar en cuatro pesos, y que solo esperaban los mozos que yo confirmara el ajuste. ¡Pues no lo he de confirmar, hijo, le dije á Andrés! Anda y llama á esos mozos ahora mismo.

Bajó Andrés como un rayo y subió luego, luego con los mo-

* Dios nos remediará.

zos, con quienes quedé en que me habian de dar mula para mi avio y una bestia de silla para Andrés: todo lo que me ofrecieron como tambien que habian de madrugar antes del alba, y se fueron á recoger.

A seguida mandé á mi criado que fuera á comprar una botella de aguardiente, queso, bizcochos y chorizos para otro dia; y mientras que él volvia, hice subir la cena.

No me cansaba yo de complacerme en mi determinacion de hacerme médico, viendo cuan bien se facilitaban todas las cosas, y al mismo tiempo daba gracias á Dios que me habia proporcionado un criado tan fiel, vivo y servicial como Andresillo, quien en medio de estas contemplaciones fué entrando cargado con el repuesto.

Cenamos los dos amigablemente, echamos un buen trago y nos fuimos á acostar temprano, para madrugar despertando á buena hora.

A las cuatro de la mañana ya estaban los mozos tocándonos la puerta. Nos levantamos y desayunamos mientras que los arrieros cargaban.

Luego que se concluyó esta diligencia, pagué el gasto que habiamos hecho yo y mi mula, y nos pusimos en camino.

Yo no estaba acostumbrado á caminar, con esto me cansé pronto y no quise pasar de Cuautitlan, por mas que los mozos me porfiaban que fuéramos á dormir á Tula.

Al segundo dia llegamos al dicho pueblo, y yo posé ó me hospedé en la casa de uno de los arrieros que era un pobre viejo, sencillote y hombre de bien, á quien llamaban tío Bernabé, con el que me convine en pagar mi plato, el de Andrés y el de la mula, sirviéndole, por via de gratificacion, de médico de cámara para toda su familia que eran dos viejas, una su muger y otra su hermana: dos hijos grandes y una hija pequeña como de doce años.

El pobre admitió muy contento, y cátenme vds. ya radicado en Tula y teniendo que mantener al maestro barbero, que

así llamaremos á Andrés, á mí y á mi *macha*; que aunque no era mia, yo la nombraba por tal: bien que siempre que la miraba me parecia ver delante de mí al Dr. Purgante con su gran bata y bir rete parado, que lanzando fuego por los ojos me decia: pícaro, vuélveme mi mula, mi gualdrapa, mi golilla, mi peluca, mis libros, mi capa y mi dinero, que nada es tuyo. Tan cierto es, hijos míos, aquel principio de derecho natural que nos dice, que en donde quiera que está la cosa clama por su dueño, *Ubi cumque res est, pro domino suo clamat*. ¡Qué importa que el albacea se quede con la herencia de los menores porque estos no son capaces de reclamarla? ¡Qué, conque el usurero retenga los lucros? ¡Qué, conque el comerciante se engrandezca con las ganancias ilícitas? ¡Ni qué, conque otros muchos valiéndose de su poder ó de la ignorancia de los demás, disfruten procazmente los bienes que les usurpan? Jamás los gozarán sin zozobras, ni por mas que disimulen podrán acallar su conciencia que incesantemente les gritará: esto no es tuyo, esto es mal habido; restitúyelo ó perecerás eternamente.

Así me sucedia con lo que le hurté á mi pobre amo; pero como los remordimientos interiores rara vez se conocen en la cara, procuré asentar mi conducta de buen médico en aquel pueblo, prometiendo interiormente restituirle al doctor todos sus muebles en cuanto tuviera proporcion. Bien que en esto no hacia yo mas que ir con la corriente.

Como no se me habian olvidado aquellos principios de urbanidad que me enseñaron mis padres, á los dos dias luego que descansé, me informé de quienes eran los sugetos principales del pueblo tales como el cura y sus vicarios; el subdelegado y su director, el alcalalero, el administrador de correos, tal cual tendero y otros señores decentes; y á todos ellos envié recado con el bueno de mi patron y Andrés, ofreciéndoles mi persona é inutilidad.

Con la mayor satisfaccion recibieron todos la noticia cor-

respondiendo corteses mi cumplimento, y haciéndome mis visitas de estilo, las que yo tambien les hice de noche vestido de ceremonia, quiero decir, con mi capa de golilla, la golilla misma y mi peluca encasquetada porque no tenia trage mejor ni peor; siendo lo mas ridículo, que mis medias eran blancas, todo el vestido de color y los zapatos abotinados, con lo que parecia mas bien alguacil que médico; y para realzar mejor el cuadro de mi ridiculez, hice andar conmigo á Andrés con el trage que le compré, que os acordareis que era chupa y medias negras, calzones verdes, chaleco encarnado, sombrero blanco y su capotillo azul rabon y remendado.

Ya los señores principales me habian visitado, segun dije, y habian formado de mí el concepto que quisieron; pero no me habia visto el comun del pueblo vestido de punta en blanco ni acompañado de mi escudero; mas el domingo que me presenté en la iglesia vestido á mi modo entre médico y corchete, y Andrés entre tordo y perico, fué increíble la distraccion del pueblo, y creo que nadie oyó misa por mirarnos; unos burlándose de nuestras extravagantes figuras, y otros admirándose de semejantes trages. Lo cierto es que cuando volví á mi posada fué acompañado de una multitud de muchachos, muges, indios, indias y pobres rancheros que no cesaban de preguntar á Andrés ¡quiénes éramos? Y él muy mesurado les decia: éste señor es mi amo, se llama el señor Dr. D. Pedro Sarmiento, y médico como él, no lo ha parido el reino de Nueva España; y yo soy su mozo: me llamo Andrés Cascajo y soy maestro barbero, y muy capaz de afeitar á un capon, de sacarle sangre á un muerto y desquijajar á un leon si trata de sacarse alguna muela.

Estas conversaciones eran á mis espaldas; porque yo afuera de amo no iba lado á lado con Andrés, sino por delante y muy gravadoso y presumido escuchando mis elogios; pero por poco me hecho á reir á dos carrillos cuando oi los despropósitos de Andrés, y advertí la seriedad con que los decia, y la senci-